

CUANDO LA TIERRA LLEGÓ A SU FIN

—UNA— CURA



CLAUDIO HERNÁNDEZ

Una cura

Claudio Hernández

Primera edición eBook: marzo, 2020.

Título: Una cura

© 2020 Claudio Hernández

© 2018 Diseño de cubierta: Higinia María

Obra registrada SafeCreative.

Código de registro: 2003113283085

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

¿Cuántos libros llevo escritos ya? ¿Y a quién se lo dedico? Este libro se lo dedico, una vez más, a mi esposa Mary, quien aguanta cada día niñeces como esta. Y espero que nunca deje de hacerlo. Esta vez, me he embarcado en otra aventura que empecé en mi niñez y que, con tesón y apoyo, he terminado. Otro sueño hecho realidad. Ella dice que, a veces, brillo... A veces... Incluso a mí me da miedo... También se lo dedico a mi familia y, especialmente, a mi padre: Ángel... Ayúdame en este pantanoso terreno... Menos mal que tengo a Sheila...

Una cura

La profecía del Covid-19

1

—Toda la mierda viene a parar a Boad Hill —rezongó Billy mientras miraba a través de la ventana cuyo cristal estaba rajado y cubierto de cinta adhesiva como las momias en tela.

Su padre le dio un cogotazo que hizo que el cabello lacio del crío saltara hacia arriba como si le hubiera atravesado una descarga electrostática.

—No digas palabrotas Billy. Eso no está bien. ¿Qué dice tu madre?

El hombre lo miró con ojos apagados, tristes o quizá, desesperados.

—Mamá ya no está entre nosotros —respondió el pelirrojo. Tenía los mofletes llenos de pecas que parecían lentejas. Su nariz era corta y redondeada. No apuntaba hacia el cielo como una nariz respingona. Era sencillamente normal. Sus ojos eran de color castaño.

—Está abajo —musitó Sean mientras agachaba la cabeza como si de repente le hubiera caído sobre ella una gran bola de plomo. Su respiración pareció lentificarse. Como su pulso, pero seguía sintiendo algo en las sienes que retumbaba como unos tambores repiqueteando de mala gana.

—Está muerta. Metida en una bolsa de plástico. En el congelador —refunfuñó Billy. Estaba apoyado sobre sus codos doloridos y fuera, la nieve y eso que se llamaba Coronavirus COVID-19, trataban de colarse por las rasgaduras del cristal. La nieve se estrellaba contra el cristal formando una pequeña montaña blanca, el virus, quizá estaría penetrando por esos agujeros microscópicos.

Quizá.

—Era necesario hacerlo pequeño Billy. Era una fuente de contagio...

—¿Solo eso? —le atajó el crío volviéndose hacia él, que estaba de pie a una distancia de un metro, encorvado y con las manos metidas en los bolsillos de pantalones vaqueros.

Los ojos del crío parecían dos bolas de billar bailando dentro de unas cuencas

extremadamente grandes.

—Ya lo sabes. Es un virus letal...

—No es así papá —le interrumpió de nuevo casi alzando la voz como el llanto del viento—. Según las noticias que ponen cada día, no es letal. Solo la palman los viejos —y pareció dibujarse un rictus al final de su boca. Lo pareció.

—Bueno, así es. Solo tiene efectos como los de una gripe simple. Lo mejor de todo es que no ha mutado, pero quien dice que no lo hará y traerá peores consecuencias.

El crío volvió a clavar su mirada a la ventana.

—Ya te lo dije papá. Toda la mierda llega aquí.

—Se ha extendido por todo el mundo...

—¿La locura?

Sean escondió la cabeza entre sus hombros.

Y el fantasma del COVID-19 siguió esperando sigiloso tras el cristal.

2

El viejo San Bernardo se tumbó en el suelo mirando hacia la chimenea, donde danzaban docenas de lenguas doradas cercanas a la desesperación. El golpe carnosos del perro hizo vibrar el suelo de linóleo y la anciana se balanceó en su mecedora como si hubiera respondido a la réplica.

—Coax, ten cuidado, que ya no eres tan joven.

El perro giró la cabeza y sus húmedos ojos contemplaron el rostro arrugado de Bea. Su cabello, tan blanco como la nieve, estaba recogido en un moño. De habérselo dejado suelto hubiera hecho correr a Coax ante la presencia de un fantasma malévolos. Su rostro era un mar de arrugas, pero algo en esas dobleces le hacían parecer sutilmente joven. Tenía unos palos de plástico, una en cada mano, y sobre su regazo un ovillo de color sangre.

Estaba tejiendo algo.

Si, algo.

Y Coax volvió a contemplar la chimenea donde descubrió además, que algo grisáceo se atornillaba en el hueco de la misma, hacia arriba. Hacia eso que te hacia volverte loco antes que sonarte las puñeteras narices de mocos.

3

Washington D. C. 6-3-2020

—¿Tenemos algo? —preguntó el presidente de los Estados Unidos. El hombre más poderoso del mundo y el que menos sabía ahora. Era un tipo llamado Donald que parecía llevar un peluquín deslavazado sobre una calvicie que representaba en él, la falta de ideas.

—No, señor. —El hombre de color estaba ataviado con un traje oscuro, lo que hacía parecer al pistolero de la Torre Oscura. El sillón era cómodo y se había casi repantigado en él. Sus piernas eran tan largas como los días sin respuesta.

Dejó una carpeta amarilla sobre la mesa de caoba.

El presidente le clavó la mirada como si eso le salvara de algo. Tenía los dientes apretados y los labios se habían arrugado tanto que le hacían pensar al hombre que se había puesto Botox.

Entre ambos había una distancia prudencial de dos metros y en una de las paredes, colgada como un ahorcado, había un televisor que no paraba de gritar. Era un reportero que sostenía algo parecido a un panocho que no se acercaba a sus labios y gritaba sobre la histeria de la multitud que hacían aspavientos delante de la cámara.

Diez minutos después, el reportero con gafas de montura de hueso, se había quedado solo. La imagen solo captaba la presencia de un gato que caminaba lenta y oficiosamente cruzando la calle.

Todo lo demás, estaba vacío.

El gato estornudó.

4

—Mientras el caso de contagios disminuye en Wuhan, foco principal y dónde se originó el COVID-19, en el resto del mundo aumentan los contagios y las muertes. A día de hoy todavía no hay vacuna para ello y lo peor de todo es que no se sabe exactamente cómo se propaga tan rápido. Aunque la organización mundial de la salud mantiene que se puede evitar lavándose las manos de forma continuada y no acercándose una persona a otra a menos de un metro, el virus, sigue expandiéndose.

La mujer de cabello castaño y apelmazado estaba agarrotada por el miedo y parecía que estuviera sujeta al micrófono para no tocar con los pies al suelo. La cámara dio un par de vuelcos al objetivo y el rostro de ella balanceó como el péndulo de un reloj en un terremoto.

Sean apretó los dientes y no pudo contener cierta rabia.

—¡Todo esto es una mierda! —exclamó y Billy, que estaba ahora tirado en el suelo, bocabajo, pero apoyado sobre sus codos cabeceó un par de veces.

—Papá, has dicho una palabrota.

—Sí, ya lo sé. Mierda.

—Después quieres que yo no sea mal hablado —replicó el crío con voz trémula. Estaba algo nervioso. No por el elevado volumen de la voz de su padre, sino por todo lo que delataba aquella mujer con la alcachofa a un metro de distancia de su boca.

Aquellas gafas no le sentaban nada bien.

Y mucho menos la mascarilla verduzca como un sapo pegado a su boca.

—Tú sigue los consejos de tu padre hijo. No escuches nada más.

—Claro, como si estar encerrado aquí todos los días fuera tan divertido —refunfuñó Billy volviéndose hacia la pantalla del televisor. Éste arrojó toda una combinación de colores sobre su rostro que parecían virus bailando alegremente ante la inminente muerte del pequeño. Y bajo el murmullo de la periodista, lograba escuchar unas risillas espantosas como en las pesadillas—. ¿El COVID-19 es peor que el SRAS?

Sean se repantigó en el sofá, eludiendo una posible respuesta.

No lo sabía.

Fuera de la casa adosada en una de las calles más estrechas de Boad Hill, la luna con su cara boba era testigo de la tos de casi todos los ancianos del pueblo.

Y los perros.

Vaticano 7-3-2020

Y el hombre fuerte de Dios, con una capa blanca como las plumas de la paloma que se eleva al cielo hasta morir abrasada bajo los rayos del sol como sacrificio de la fe; estornudó.

Su hombre más cercano, Benedictus —que no se llamaba así en realidad—, dijo:

—Menos mal que solo ha sido un estornudo. Si fuera tos.

Y entonces el Papa mirándole de soslayo se llevó el puño con un anillo rojo como el ascua, que parecía rodearle el índice como una estola; tosió.

Estamos jodidos, señor, pensó el hombre de confianza.

La televisión de plasma estuvo encendida toda la noche como un tiovivo berreando desde las ruedas dentadas de la maquinaria. Billy había amanecido despierto y tenía los ojos, como se suele decir, como leros. Su padre estaba roncando como un cerdo en el sofá. Se había acomodado tanto que hasta parecía que tenía la barriga hinchada, pero no era así. Él era un tipo larguirucho, pero raquíptico o quizá, escualido. Rojizo como su hijo. Billy alargó la mano hacia el mando a distancia que estaba casi justo al lado del televisor, en el suelo, y subió el volumen.

Sean se despertó como si le hubieran arrojado un cubo de agua fría y lo primero que le vino a la cabeza fue la respuesta que no se atrevió a darle a su hijo la noche anterior.

¿Es una variante de un virus? Y mientras la pregunta era absorbida por el hueco de su cráneo otras voces retumbaban dentro de ellas: eres idiota Sean, todos los jodidos años hay una nueva mutación de un virus, o dos y esta que te mandará al infierno directamente, oh, sí, jajaja...

Pero no dijo nada. Sus puños se restregaron sobre sus párpados cerrados y un dolor lacerante le devolvió a la realidad. La misma periodista estaba asomando su jodida cabeza a través de la pantalla del televisor. Y el micrófono parecía moverse de forma espontánea en la parte superior. Esa espuma negra parecía haber recobrado vida. Miles de bultitos como granos oscuros, se movían como si de ahí dentro quisiera salir algo. Parecía una cabeza llena de piojos, pero era el jodido virus que pugnaba por salir de la pomposa capucha.

—¿Ya te has despertado papá?

Billy seguía enfrascado en la televisión.

—Sí, hijo, sí.

—Dicen que Italia es el segundo foco más preocupante del mundo. ¿Puede ser eso verdad?

Su padre no respondió de inmediato.

—¿Dónde lo has escuchado?

El dedo índice de Billy señaló hacia la pared.

—Pues en la tele papá. He estado toda la noche escuchando las noticias y buscando en internet. Por cierto, esta Tablet es muy útil ahora. Antes me aburría con ella. —Sus codos empotrados en el suelo eran lacerantes. El dolor ya le hacía mella hasta en la barriga, plana, pero barriga al fin y al cabo. Las tripas son esa parte emocional o eso dicen, que duele con frecuencia e intensidad. Billy no iba a ser menos. Solo un perro o un gato podían permanecer horas en esa posición.

—¿Y que porquería has leído?

Sean estaba desperezándose como un leopardo. El gruñido tórrido salió de su garganta como el lloriqueo de unas cuantas ratas atrapadas en ella.

—Lo que acabo de decir, papá.

Billy seguía con optimismo a la reportera que presentaba unas ojeras que traspasaban la pantalla del televisor como unas manos ennegrecidas y malvadas.

—Está bien hijo. Pues será eso.

—¿Pero cómo ha viajado de China hasta Italia papá?

Esta vez se mostró una sonrisa —estúpida—, pero al fin y al cabo una sonrisa.

—Por los putos aviones —respiró profundamente. Su anhelo al conocimiento estaba más lejos que el retrete.

—Papá, has vuelto a decir otro taco.

—Mierda.

—Otra vez.

—Claro que sí, hijo, otra vez.

Y se rascó la cabeza dándose cuenta de lo pringoso que tenía el cabello. Con el resto de grasa que quedaban en sus uñas podía freírse un huevo.

España. Madrid. 8-3-2020

—Señor presidente, tenemos el honor de superar en contagios a todos los países del mundo.

El presidente, un hombre de gran estatura y complexión fuerte se abrochó el botón de su impecable chaqueta de traje gris. Se sentó en su sillón dejándose caer como una hoja perenne y las ruedas del sillón gritaron al resbalar sobre el suelo de mármol.

Y desde el otro lado de la mesa de caoba brillante, dijo:

—Es por el turismo.

Sus labios lejos de sonreír, se arrugaron como dos gusanos retorciéndose de dolor.

El hombre del otro extremo de la mesa, el cual también estaba sentado en otro sillón giratorio y con los pies cruzados, añadió:

—Lo siento, pero deberíamos pensar en otra cosa, señor. Quizá en limitar las fronteras

entre comunidades y cerrar los aeropuertos, y por supuesto, suspender el fútbol...

El presidente le clavó la mirada cortándole la frase como un cuchillo recién afilado, con su sonido blandiendo el aire.

—Esta tarde daremos una rueda de prensa —reflexionó el hombre de cabello canoso. Un mes antes tenía todo el cabello oscuro, pero el estrés le había regalado unas cuantas canas que reflejaban su estado de ánimo. Sus dedos repiquetearon al borde de la mesa y añadió—. No quiero más alarmismo en este país.

En el fondo se sentía frustrado y sabía que eso de la contención no estaba funcionando.

El hombre vestido de informal con una camisa a cuadros y unos vaqueros, se mesó la barba rala. La cola de un gato le colgaba enmarañada sobre su espalda como si ya hubiera muerto por el virus.

8

OMS Sede de Ginebra 9-3-2020

—Todos los científicos están trabajando sin descansar para descubrir la vacuna. Una cura —explicó el hombre rollizo y de cabello canoso. Estaba apoyado contra una pared blanca, sin cuadros, ni fotografías. En una especie de búnker al que le faltaba hasta el aire. Su voz se disolvía como el humo dentro de ella.

—Y todos los años tenemos un Coronavirus nuevo, pero no tan extraño como este —se quejó otro de los miembros de la gran mesa redonda, que representaba a más de 150 países del mundo. Estaba de espaldas a ella, con las manos puestos en jarra y apoyadas en su cintura estrecha. Las arrugas de su rostro median por momentos todos los virus analizados desde 2003. Era como cada corte de un árbol en el que da información de cada año que ha vivido. Sus arrugas delataban lo mismo. Cansancio.

Solo el sol que cruzaba en silencio la barrera del cristal de la ventana de proporciones nada desdeñables, podía dar algo de esperanza en su serio rostro. Al menos brillaba y sus corneas se encendían como unas velas que tratan de sobrevivir ante cualquier tempestad.

—Es verdad. Además, todos los demás virus han sido más letales que este, pero he aquí que el mundo ha entrado en pánico —aseguró una mujer rubia que estaba sentada alrededor de la mesa. Sus ojos eran azules y transmitían esa esperanza que todos ansiaban.

El hombre de la ventana se dio la vuelta y la miró con una inquietante mirada que parecía responderle de alguna manera.

El resto de miembros, unos treinta, se miraron unos a otros como si en aquellos ojos

hubiera algo interesante que descubrir.

Boad Hill Maine 10-3-2020

Su hija había regresado de Nueva York con una sonrisa en sus labios y unos ojos chispeantes como dos candiles, pero el ceño fruncido de su padre parecía presagiar lo peor. Tenía los puños cerrados como un martillo y estaba remangado hasta el codo. Richard, que tenía una barba poblada y una espalda como un ropero, respiraba como una bestia. Con un resuello que se hacía escuchar tres calles más abajo. Como si el chorro del viento lo empujase hacia un final fatal, y ello era el preludio.

—Pasa hija. No te quedes parada en la puerta —dijo su madre Samantha, de unos cincuenta años. Veinte menor que su esposo.

Pero por la cara de ella no fluía la felicidad ni el agradecimiento, sino un miedo intrínseco que brotaba de sus poros por puro instinto, mientras se hacía mil preguntas. Apretó los labios con tanta fuerza que se mordió y un hilillo de sangre brotó por la comisura.

Nona, la hija, todavía tenía las dos maletas muertas colgando de sus manos como dos lenguas pesadas y muertas. Allí dentro o en la superficie de plástico deberían haber millones de núcleos del jodido COVID-19 pensó Richard mientras no apartaba la vista de las maletas.

Apretó aún más los puños.

Y una rata como gato que cruzaba la calle detrás de Nona, tosió con premura.

No se escuchó.

—He regresado. ¿No os alegráis de verme?

Sus ojos se iban apagando poco a poco, como una mísera linterna que se está quedando sin pilas.

Sus padres no contestaron. Sencillamente se hicieron a un lado moviendo la cabeza. Nona entró con sus protuberantes maletas y notó como sus padres melosos se habían vuelto toscos y se apartaron de ella dos metros.

Su corazón enlenteció.

Y por la noche sucedió todo.

Coax se levantó como si sobre el lomo tuviera cargado una losa de mármol. Sus patatas, que no se llaman así, pero aquí viene bien, hacían retumbar el salón y las llamas parecían saltar de los troncos roídos por los dientes del fuego.

Bea seguía meciéndose como si el mundo se agitara allá fuera en una bola de cristal de esas que ves como nieve dentro y alrededor de unas cuantas casitas verdes en el fondo.

—Coax, no te canses. Ya eres muy viejo —repitió la anciana. El perro giró la cabeza como si la comprendiese, pero volvió el hocico apuntando a la cocina y estuvo caminando de forma lenta y pesada hasta su pienso que le esperaba con los brazos abiertos, dentro de un cuenco.

Las arrugadas manos de Bea se movían muy deprisa para la edad que tenía; 89 primaveras, y de vez en cuando las pausaba porque los recuerdos la abordaban.

Acaba de enterrar a su marido hacia dos días.

Todo había empezado con un moco.

11

Japón Tokio 11-3-2020

El emperador cuyo nombre no transcendía ahora agachó la cabeza y la hundió entre sus delgadas manos de largos dedos.

—En veinticuatro horas tenemos 4000 infectados más. Tengo el deber de sacar a mi ejército y blindar las fronteras. No quiero ni un chino ni un coreano dentro de mis tierras. ¿Entendido?

El hombre de traje casi blanco, sacudió la cabeza como si le hubieran golpeado con un palo, pero solo estaba haciendo reverencias o lo que es lo mismo en Japón: decir sí.

—Ahora mismo doy la orden señor...

Y las restantes palabras se las comió una tos seca.

12

El día 12 de marzo no había sido un día más, sino toda una sucesión de noticias reales, bulos o intrépidos haciendo de las suyas a costa del miedo de la gente. Incluso esa misma tarde se

había asomado a la ventana de su habitación y a pesar de que seguía nevando: vio como todos sus vecinos corrían despavoridos por el hielo, deslizándose como pingüinos aleteando en el aire.

De ello se rió.

Pero ahora la luna inexistente brillaba encima de las nubes, y el reflejo que entraba por la ventana, era la imperfección de las farolas y el destello de la nieve. Esas formas tan extrañas se movían en el techo y ninguna de ellas era absolutamente redonda. Tal y como imaginaba que sería el puñetero virus.

Con las manos detrás de la cabeza, calentándose con la almohada y rumiando como los felinos antes de atacar a un ratón, el sueño lo venció.

Y tuvo una pesadilla de la cual creía no poder despertar.

13

Alemania Berlín 12-3-2020

La mujer de cabello corto, poco agraciado para ella, se sentó en el sillón de su despacho haciendo un plaf que rebotó en las paredes. Su cara era todo un poema y tanto sus ojos como los labios, estaban arrugados, como más tensos de lo normal. Con la pinza de la mano derecha se arrastró hacia el mismo borde de la mesa y levantó la barbilla hacia el techo.

Era como si esperara que las ideas se cayeran del techo.

—Desde hoy quiero todos los colegios cerrados. Universidades y residencias de ancianos. Y piscinas climatizadas y... —se detuvo un momento sin bajar la mirada puesta al beig del techo —. Todos los estadios que tengan que ver con el deporte. Aquí no hay más que caminar.

Y su puño cerrado estampó su firma sobre una carpeta negra que la observaba con avaricia a ella. No gruñó porque era un objeto y no un animal, pero algo sonó descaradamente ocioso.

Estaba hablando sola.

14

Eran amorfos y tenían garras con espátulas en los extremos. Sentía un fuerte dolor en la barriga y como se debatía entre las sábanas que agarraba con sus manos, en unos puños cerrados que apretaban con fuerza las mismas; sentía como se humedecían por momentos. Todos ellos se acercaban hacia él y se mostraban de diferentes colores, pero predominaba el purpúreo.

El ruido era como el de un gorgoteo y a veces parecía un graznido. Sus abultados ojos estaban por todas partes de aquellos balones gigantes, llenos de estrías que se iluminaban como un tío vivo. Él quería correr, pero como sucede siempre en las pesadillas, no podía. El sudor le bañaba la espalda y la frente. También las manos que las tenían extendidas. Y en la realidad, ya fuera de la pesadilla, también sudaba con cierta intensidad. Como si estuviera bajo una ducha de sudor que olía a fétido.

Detrás de aquellos monstruos había personas con rostros conocidos, sí, claro que los reconoció. Eran los distintos presidentes de todos los países del mundo que estaban tosiendo como una motosierra. En algún momento de la pesadilla, pensó que aquellos sonidos eran pedos. Casi arranca en una carcajada, pero no lo hizo. Todo era tan absurdo como incomprensible. Ningún Psiquiatra del mundo tenía respuestas de la necesidad de soñar y tener pesadillas. Los psicólogos dicen que es producto de stress. Los científicos que forma parte de una limpieza rutinaria de nuestro cerebro para descansar.

Pero Billy sentía que algo se le escapaba de las manos.

Y ellos seguían avanzando.

Todos.

Hasta que la boca del presidente de los Estados Unidos de América le escupió en la cara y esta vez sí, se despertó en un largo grito que se escapó por el pasillo y repicó en las paredes de su habitación. Empapado de sudor, su corazón estaba desbocado y se había erguido en la cama como si hubiera un trampolín situado en su espalda.

—¡Mamá! ¡Los he visto! ¡Estoy infectado!

Y el grito se elevó por encima de todo, de la tormenta y del ruido de un camión que en esos momentos estaba escupiendo un líquido por toda la calle como una manguera agujereada, mientras dos hombres envueltos en una capsula de plástico chillaban con voz trémula.

Estaban en cuarentena.

Italia Roma 13-3-2020

—Estoy aburrido papá —dijo el pequeño de seis años. Era moreno y sus ojos estaban casi cerrados lo que parecía hacerle bizco. La piel de su cara estaba enrojecida.

Su padre Gianmarco, un hombre alto y delgado se acercó al sofá a sentarse al lado de su hijo. Lo hizo de forma pausada como si el tiempo se detuviera como la cuarentena en la que estaba inmerso.

Y mesándole el cabello dijo:

—Mira el lado bueno de las cosas Marco. No tienes colegio.

—Por eso me aburro —rezongó el crío cruzándose de brazos y arrugando sus labios. La parte superior sobresalía casi hasta la punta de su nariz.

—¿Por los amigos?

—Sí.

—Bueno, siempre hay una solución para todo. Puedes llamarles por teléfono y hablar de vuestras cosas...

—Eso no es divertido —le zanjó con su voz de pito.

Gianmarco siguió mesándole el cabello y después deslizó las yemas de sus dedos por la frente cuando se detuvo de repente.

—Estás caliente. ¿Tienes fiebre?

—No lo sé. Creo que si papá.

—Pero si llevas una semana en casa. ¿Cómo puedes tener fiebre? Ni mamá ni yo tenemos fiebre y además, aquí estamos muy altos, digo, nuestra casa está en lo alto de la montaña.

Marco sacudió la cabeza y dijo:

—Eso no importa papá. He leído en internet que eso no se sabe, es decir, que no tienen ni idea de cómo viaja el virus por el mundo. Puede que me acercara demasiado a Smuky. —Hablabas como una persona adulta.

El padre sorprendido preguntó:

—¿Quién es Smuky?

Y en el silencio del salón y del bosque, el cual parecía elevarse como un banco de niebla sobre ellos, contestó:

—Un gato negro al que le falta un ojo. Pobrecito. Le acaricié y después le veo irse camino abajo. Hacia el pueblo, pero sube todos los días hasta nuestro patio. Le doy de beber y comer, ¿a qué no lo sabías?

Parecía que Marco empezaba a sonreír de forma instintiva, pero fue un espejismo en su rostro serio. Solo eso.

Gianmarco se llevó las manos a la cabeza hundiendo los dedos en su cabello oscuro mientras se dejaba caer en el respaldo del sofá de terciopelo.

—Sesenta millones de personas aisladas en estos momentos del resto del mundo y un jodido gato te ha infectado.

Marco lo miró con cierta incertidumbre.

16

Continuará...

FIN

Nota del autor

Esta es una novela corta de no ficción y el autor no acepta ningún tipo de maltrato animal, menores o adultos. Al contrario; el autor tiene dos gatos y viven como reyes: tampoco le faltan sobrinos ni suegra. Tampoco es buena idea el final, pero el autor ha decidido dicho final porque el espanto no conoce límites. Los niños —y todos— deben ser protegidos por todas las leyes. Y hay algo oculto en todo esto...

Biografía del autor

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspense y thrillers. Ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "El hombre que caminaba solo", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "El maldito callejón de Inglés", "El frío invierno", "Otoño lluvioso", "La primavera de Ann", "Muerte en invierno", "El juego de Azarus", "Ojos que no se abren", "La mujer del secreto", "Crímenes en verano", "Una sombra sobre Madrid", "Mi lienzo es tu muerte" y "Tú morirás". Pero no serán las únicas que pretendo publicar. Hay más. Mucho más.